

EL CULTO A LA MEMORIA  
ÉTICA Y ESTÉTICA



IGNACIO GONZÁLEZ-VARAS

EL CULTO A LA MEMORIA  
ÉTICA Y ESTÉTICA

GRANDES TEMAS  
CÁTEDRA

1.ª edición, 2023

Ilustración de cubierta: Menashe Kadishman, *Salechet (hojas caídas)*,  
Museo judío de Berlín.

Imágenes de interior: © 123RF (Rousian / v0v / lianem / blanco7305 / milosk / mathess);  
© ACI / CBW / Alamy; © AGE Fotostock; © Album (EFE); © ANC. Brangulí (fotógrafo);  
© Archivo Anaya (J. Martín / C. Candel); © Cordon Press; © Digital image, The Museum  
of Modern Art, New York / Scala, Florencia; © Dreamstime.com (Christoph Lischetzki  
/ Fotoreporter65 / Vladiczech / demerzel21); © Ignacio González-Varas; © Instituto del  
Patrimonio Cultural de España, Ministerio de Cultura y Deporte; © Getty Images;  
© The Metropolitan Museum. Compra, Jacob H. Legado Schiff, 1922I.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido  
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las  
correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para  
quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran  
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística  
o científica, o su transformación, interpretación o ejecución  
artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada  
a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Ignacio González-Varas Ibáñez, 2023  
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
Depósito legal: M. 23.689-2023  
I.S.B.N.: 978-84-376-4669-5  
*Printed in Spain*

*A Ínigo*

Memoria praeteritorum bonorum [...] in quantum sunt amissa, causat tristitiam

Santo Tomás, *Summ. Theol.*,  
II, II<sup>ac</sup>, q. 36, a. 1



Vosotras, piedras  
violentamente deformadas,  
rotas  
por el golpe preciso del cincel,  
exhibiréis aún durante siglos  
el último perfil que os dejaron:  
senos incommovibles a un suspiro,  
firmes  
piernas que desconocen la fatiga,  
músculos  
tensos  
en su esfuerzo inútil,  
cabelleras que el viento  
no despeina,  
ojos abiertos que la luz rechazan [...].

Ángel González, «Mensaje a las estatuas»,  
*Sin esperanza con convencimiento*,  
Barcelona, Literaturas, 1961.



## Introducción

El culto a la memoria se ha expresado muchas veces a través de colosales monumentos que aspiran a perpetuarse en el tiempo. En nombre de la memoria se han erigido inmensas pirámides, apuntados obeliscos, retóricas columnas conmemorativas y pesados arcos triunfales. Las gestas y los hechos heroicos de la memoria se han grabado con letras de fuego y sangre y con frecuencia se han esculpido sobre las cenizas de víctimas derrotadas y vencidas. La impositiva presencia monumental de los imperios, de autócratas, sátrapas y dictadores convirtieron a estas memorias en oscuras pesadillas que, con su presencia, extendían la henchida sombra de su poder incontable. Estos monumentos aspiraron presuntuosamente a la eternidad, a imponer y fijar la memoria para siempre. Se emplearon para ello la piedra, el mármol o el bronce, materiales costosos, duros y pesados, los materiales de la eternidad. Pero de algunos de estos monumentos muchas veces solo quedan ruinas informes y desgastadas, muñones atrapados en lugares y sitios arqueológicos, mientras que otros tantos fueron destruidos y desaparecieron en las brumas del olvido. Se destruyeron sus apariencias físicas porque así se aniquilaban los mensajes ideológicos de los que estos monumentos eran portadores.

A pesar de los ingentes recursos desplegados para crear formas monumentales corpóreas, densas e imperecederas, nos damos cuenta de que la perduración del monumento depende en realidad de algo mucho más lábil, como es la aceptación o el rechazo de sus contenidos rememorativos por parte de la sociedad. Esta, en cada momento presente, decide si acepta, comparte y prolonga estos contenidos rememorativos o si, por el contrario, los arrincona y los olvida. Incluso también puede llegar a arremeter violentamente contra esta memoria monumental para negarla, repudiarla y aplastarla hasta no dejar piedra sobre piedra. Estamos acostumbrados a asistir al

derrocamiento y derrumbe de monumentos abatidos por el pueblo levantado en armas y enfervorecido por el afán de alumbrar nuevos tiempos que se oponen violentamente al pasado. Así ha ocurrido muchas veces, y no solo en tiempos pretéritos. Lo hemos podido comprobar con la eliminación de estatuas, placas y símbolos alusivos a las dictaduras, pues es cierto que las sociedades democráticas no pueden vivir y convivir rodeadas de la presencia abrumadora de las sombras de épocas que hemos decidido dejar atrás. Más polémica ha sido la «batalla de las estatuas» recientemente librada en Estados Unidos y en otros muchos lugares del mundo. Todos asistimos en esos momentos a la retirada de efigies de personajes históricos vinculados con los lóbregos recuerdos del esclavismo. Se trataba de una condena pública de la discriminación racial que desató una ola de indignación con sus consecuencias más visibles en la caída de los pedestales o incluso la destrucción de estatuas que para algunos simbolizan el racismo institucional enraizado en los Estados Unidos desde su fundación. Pero en este remolino revisionista también se produjo el linchamiento espontáneo e indiscriminado de descubridores, evangelizadores y exploradores transmutados en colonizadores y explotadores al ser vistos a través del velo empañado y aturdido de la memoria. Estas estatuas permanecían mudas y olvidadas y pasaban desapercibidas en el paisaje urbano y de repente cobraron vida, pero precisamente para recibir su golpe de gracia.

En algunos de estos abatimientos de estatuas no pudo mediar la reflexión del juicio histórico. Solo se esgrimía el argumento de las memorias mancilladas y agravadas. Una vez que la memoria emitió su veredicto de culpabilidad, estas estatuas, efigies o imágenes únicamente pudieron ser salvadas a través del indulto ponderado y templado emitido por especialistas. Estos reclamaban su conservación apelando a sus valores históricos o artísticos, si es que estos existen o son reconocidos. Se trataba de una conservación más apaciguada y las estatuas indultadas fueron custodiadas en vitrinas o encerradas en los almacenes de los museos. Como vemos, se trata de dos dimensiones o visiones diferentes que se entrecruzan, la política y la patrimonial. Aquí nos interesará detenernos en la primera de ellas, esto es, en el valor rememorativo que encierran los monumentos y lugares de memoria, un valor que es, como puede apreciarse, vivo y activo, pero también más frágil e inestable, pues depende de las circunstancias del presente, de la proyección de los valores emitidos por la memoria sobre estos monumentos del pasado en cada momento presente. Este valor depende de la ética de

la memoria. Los monumentos son muchas veces símbolos disputados, pues sus valores rememorativos son susceptibles de reclamarse o negarse desde distintas posiciones ideológicas.

## MEMORIAS MONUMENTALES Y MEMORIAS CONTRAMONUMENTALES

El culto a la memoria ha variado y oscilado. Este culto ha mostrado muy diversas expresiones ideológicas y estéticas a lo largo de la historia. En estas páginas trataremos de adentrarnos en las diversas formas que las sociedades han articulado a lo largo del tiempo para transmitir la memoria colectiva; esto es, en los modos de plasmar y moldear el culto a la memoria. Este recorrido nos llevará a transitar por los lugares de la memoria y también a intentar desvelar la memoria de los lugares. En este periplo uno de los protagonistas necesariamente ha de ser el monumento tradicional, pues este ha sido durante siglos el depositario por excelencia de la memoria. Pero hemos de adelantar que cualquier historia de los monumentos que se pretenda trazar, por sumaria que esta sea, necesariamente habrá de ser la historia del gran fracaso provocado por la vanidad de la memoria. Hemos apuntado antes cómo el monumento ha pretendido fijar para siempre con letras indelebles el mensaje de la memoria. Pero hoy sabemos que no podemos aspirar a la memoria absoluta, como tampoco este mundo nos concede la vida eterna. El olvido es el contrapunto de la memoria, como la muerte es el reverso de la vida. El pasado se encuentra sitiado entre las dos potencias opuestas del olvido y el recuerdo. Ambas fuerzas, volubles, mutables y subjetivas, ejercen impulsos y presiones sobre el pasado. El pasado no puede oponerse a la fuerza irrefrenable del olvido que, si no lanza totalmente los recuerdos al abismo negro de su completa desaparición, sí que nos advierte que los actos de recordar y de olvidar siempre transforman el pasado desde el presente. El monumento podrá perdurar físicamente, pero sus contenidos rememorativos habrán variado o podrán variar.

En nuestros días somos conscientes de esta paradójica debilidad del monumento. Podemos decir que la monumentalidad tradicional, aquella que expresaba los contenidos heroicos de la memoria a través de solemnes y contundentes figuras retóricas, lleva varias décadas en crisis. Esta crisis viene provocada en gran medida por el hundimiento de la memoria total, unitaria y absoluta tradicionalmente asociada al monumento. Hoy somos

conscientes de que no es posible una memoria única, excluyente y cerrada. Solamente nos es posible acceder al pasado a través de sus fragmentos, a través de memorias parciales e incompletas. Se ha roto el lazo con el mensaje incólume de los monumentos orgullosamente erguidos de modo majestático y solemne; se han debilitado las formas tradicionales de transmitir la memoria colectiva y se asiste al descrédito de la narrativa oficial. La memoria desplegada por los poderes públicos es cuestionada. Por el contrario, el testimonio veraz, el relato en primera persona, las voces narrativas de cada una de las víctimas, voces únicas y exclusivas en su individualidad, se alzan como expresiones rememorativas que alcanzan en nuestros días un destacado protagonismo.

Esta nueva cultura de la memoria se expresa en muchos dominios, comenzando por el radical cambio que ha experimentado el arte de la rememoración. Este se opone frontalmente tanto a los mensajes tradicionales del monumento, vinculados con el relato épico de la memoria, como a sus formas expresivas tradicionales: frente al monumento se propone hoy el contramonumento; frente a lo heroico, lo antiheroico; frente a la celebración de la victoria y la gloria, se invocan el trauma y la opresión; frente a la glorificación de los héroes se alza el reconocimiento a las víctimas. Ha cambiado la estética de la memoria porque ha cambiado la ética de la memoria. Y viceversa.

#### MEMORIAS TRADICIONALES, MEMORIAS MODERNAS Y MEMORIAS POSMODERNAS

El argumento fundamental que aquí vamos a intentar desarrollar se centra, por tanto, en constatar el proceso y las razones de este tránsito que nos ha conducido desde una memoria monumental y heroica hacia una memoria contramonumental y antiheroica. Esto nos llevará a tratar de establecer con claridad y desde el primer momento los distintos regímenes de memoria que se han sucedido a lo largo de la historia y que han articulado distintos cultos a la memoria. Las culturas de la memoria vigentes en cada momento histórico se han encargado de transmitirnos una visión selectiva del pasado. Para nuestros propósitos, distinguiremos en este ensayo entre tres grandes regímenes de memoria que se corresponden con tres grandes ciclos históricos. Estos tres regímenes de memoria estructuran hasta tal

punto los capítulos de nuestro texto que pensamos puede ser conveniente detenerse brevemente en tratar de caracterizarlos de modo somero, pero con cierta precisión, desde estas páginas iniciales.

— *La memoria de las sociedades tradicionales.* La memoria heroica y ejemplar se vincula con las sociedades tradicionales. Pero dentro de estas sociedades tradicionales o preindustriales debemos distinguir entre la transmisión de los hechos y recuerdos realizada de las memorias hegemónicas de aquella otra transmisión llevada a cabo por las memorias populares. Las memorias hegemónicas o memorias del poder han sido las que han desarrollado una mayor capacidad para transmitir su versión del pasado, pues generalmente han contado con los instrumentos más eficaces y complejos para la transmisión de la memoria. El trascendental fenómeno de la aparición de la escritura, con su inicial control y dominio por una minoría, acentuó y diferenció definitivamente el papel ejercido por las memorias hegemónicas. Estas memorias comenzaron a ser registradas por personajes especializados, los escribas y cronistas, que transmitieron la memoria de los estamentos dirigentes; esto es, la memoria de la iglesia y de los emperadores, la memoria de los reyes, príncipes y nobles, que fueron los únicos grupos sociales que contaron con este complejo aparato burocrático. Ellos fueron los que escribieron los anales y las crónicas que custodiaron cuidadosamente en archivos y cancillerías. Estas memorias registradas en códices o legajos están íntimamente ligadas a las instituciones que las generan, pues expresan su punto de vista. De ahí la desconfianza que muchas veces han suscitado entre los historiadores. Estas memorias, sin embargo, muchas veces se han confundido con la historia. Pero hay que puntualizar que la historia no era entonces todavía una disciplina de estudio científico del pasado. Más bien era una plasmación por escrito de las memorias de los próceres llevada a cabo, bien como compilación de noticias vertidas en crónicas o anales, o bien como una narración compuesta de acuerdo con las reglas de la retórica y la oratoria. Estos relatos del pasado dictados por la memoria estaban orientados a explicar y a refrendar la tradición y la legitimidad de los linajes. Eran narraciones que frecuentemente recurrían a la genealogía y a la compilación de las hazañas de los héroes o de los antepasados como justificación del orden social del presente. Estas memorias del poder son también las que han impulsado durante siglos la erección de monumentos alzados en el espacio público para fijar sus relatos en materiales duros y costosos, como la piedra o el bronce. Además de estos monu-

mentos públicos, las memorias hegemónicas también se exhibían en el ámbito privado de los programas decorativos de los palacios y las mansiones regias y nobiliarias, que se ataviaban con retratos de antepasados y cuadros de historia o de batallas que registraban estas gestas heroicas. Todo ello sin olvidarnos de la memoria gestual expresada a través de los ritos, las palabras o las conmemoraciones. Estos lugares públicos y privados se convirtieron durante esta época en lugares de memoria por excelencia, espacios en los que se legitimaba el linaje dominante y gobernante y a la vez se apuntalaba un orden social firmemente establecido. Pero también existieron, conviviendo con estas memorias hegemónicas o de poder, las memorias populares. Estas eran de alcance más restringido, pues sus medios de transmisión eran más modestos y su capacidad de expresión en el espacio público o privado mucho más limitada. Antes de la aparición de la escritura o entre las sociedades en las que ha predominado o predomina la transmisión oral, la memoria popular de carácter colectivo ha implicado el desarrollo de un aprendizaje intergeneracional. Estos procesos muchas veces se transmiten por medio de unos mecanismos o ritos de iniciación que son ejercitados tanto a través de las palabras, con la custodia y transmisión del contenido de los relatos y sus claves interpretativas, como por medio de la identificación de lugares, imágenes u objetos relacionados con esa memoria popular. Las fiestas, las ceremonias, los ritos o procesiones celebrados periódicamente son los lugares de la memoria que han contribuido a transmitir esta memoria. Así se han fijado, recordado y transmitido los acontecimientos del pasado y del presente. Las memorias populares, como también ocurrió con las hegemónicas, han buscado muchas veces remontarse al pasado más lejano, al umbroso dominio de los orígenes presidido por los héroes o los dioses. Para ello han recurrido muchas veces al lenguaje metafórico de la poesía o el mito. Vemos, por tanto, cómo la tradición, nobiliaria o popular, regía estas sociedades e imponía su régimen de memoria y dotaba de sentido a la vida. En una palabra, la tradición conectaba orgánicamente el pasado al presente.

— *La ruptura con la tradición y el régimen de memoria de la modernidad.* La violenta irrupción de la contemporaneidad rompió con la tradición e instituyó el nuevo régimen de memoria de la modernidad. Los acontecimientos que se sucedieron en este proceso fueron muchos y coadyuvantes y podemos detenernos en enumerar algunos de ellos. Los levantamientos burgueses y proletarios, la transformación de los modos de producción con la Revolución Industrial, el crecimiento económico y demográfico, la ace-

lización del tiempo y de la historia, la imposición de la racionalidad científico-técnica y el modo de vida urbano, la consolidación jurídica de los Estados nacionales, el proyecto de la modernidad centrado en la confianza en el progreso y en el futuro, la implicación de la población civil en los conflictos bélicos a una escala hasta entonces nunca vista, la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones políticas, el advenimiento de la sociedad de masas y de consumo... Estos acontecimientos son algunos de los hechos transcendentales que socavaron poderosamente el orden social y el orden del tiempo establecidos durante siglos y que, con su eclosión, contribuyeron a imponer un nuevo régimen de memoria. El nuevo régimen de memoria de la modernidad situaba al pasado en un lugar preciso y acotado. El pasado se estudia y se conserva en las vitrinas de los museos. El pasado se estima y se valora, pero, al mismo tiempo, es radicalmente separado del tiempo presente. Esto fue así porque los afanes de la modernidad, como es sabido, se fijaron en la conquista del futuro. Los modos de arribar a este futuro, sin embargo, serían distintos según las estructuras ideológicas en las que se encajaban estos propósitos. Los valores de la sociedad burguesa confiaron en el progreso técnico-científico, mientras que el marxismo, fraguado en el mismo siglo XIX, prometía la llegada de la revolución proletaria como medio para conquistar el futuro. El hecho más destacado para nuestros propósitos es que la tradición dejaba de ser el puntal vertebrador de las sociedades contemporáneas. La ruptura con la tradición fracturó la continuidad del pasado en el presente y, como vemos, trazó una línea de separación tajante entre las tres dimensiones temporales, pasado, presente y futuro. Fue el momento de la creación de un discurso institucional e histórico acerca del pasado muchas veces articulado en torno a la idea del Estado-nación. Este régimen de memoria de la modernidad trajo consigo el culto público a los monumentos. Los monumentos y los lugares de memoria fueron a partir de entonces mayoritariamente encargados por el Estado o por las instituciones públicas. Es importante precisar que la memoria de las sociedades modernas siguió siendo una memoria heroica y ejemplar. Pero también es cierto que esta memoria incorporaba a un nuevo protagonista de la historia, las masas anónimas que consumirán los levantamientos revolucionarios, las gestas nacionales o que se sacrificarán e inmolarán durante las aniquiladoras guerras modernas.

— *La cultura de la memoria en las sociedades actuales*. Las consecuencias devastadoras de las dos guerras mundiales, el auge y ocaso de los totalitaris-

mos, los desgarradores testimonios del Holocausto, los regímenes comunistas en la antigua Unión Soviética y China, las dictaduras latinoamericanas, los conflictos en Extremo Oriente, con las guerras de Corea y Vietnam, las guerras de los Balcanes, los genocidios de Camboya y Ruanda, la caída del Muro de Berlín, los atentados de las Torres Gemelas, el fenómeno del integrismo radical y del terrorismo internacional o las pandemias mundiales son algunos de los acontecimientos de los siglos xx y xxi que han provocado un radical cambio en la visión del mundo. Filósofos como Richard Rorty nos hablaban ya en los años ochenta de la apertura de una nueva era posfilosófica marcada por la incertidumbre, la indeterminación y la inseguridad. La cultura de la memoria ya no es, ya no puede ser, la de los inicios de la modernidad. Ni, por supuesto, aquella de las sociedades tradicionales. La confianza en una razón esencialista, totalizante y dominante se ha derrumbado. Y los grandes relatos emancipadores que la filosofía y la historia tejían laboriosamente volcando hacia el futuro sus promesas y expectativas también se han visto envueltos en el descrédito. Este régimen de memoria ha dotado de nuevo sentido al pasado. Es un fenómeno reconocido que las últimas décadas, las de la hipermodernidad (G. Lipovetsky, [2004] 2006) o la modernidad líquida (Z. Bauman, [2011] 2013), hacen coincidir la exaltación del presente con el regreso del pasado, hasta hablarse en ocasiones de una «obsesión memorialista» (A. Huyssen, 2010). Emergen nuevas memorias, a la vez que la memoria institucional, la memoria del poder, es cuestionada. El relato de la memoria cerrado, concluso y codificado que nos ofrece esta memoria oficial es contestado a través de la apertura de procesos rememorativos abiertos, dialécticos, inconclusos y cambiantes. Se han transformado los modos de producir la memoria colectiva. Ya lo mencionábamos más arriba. Frente a un discurso unidireccional que transmite la memoria desde las élites o las instituciones oficiales hacia las masas, se asiste en las últimas décadas a la inversión de este proceso: la memoria pública es construida ahora también y sobre todo a partir de la llamada a la participación comunitaria y colectiva. Frente a la memoria institucional, impuesta y meramente reproductiva, ahora se apela al individuo, al ciudadano para desencadenar procesos de recordación activos, productivos y participativos. Walter Benjamin, en sus conocidas *Tesis de Filosofía de la Historia* (W. Benjamin, [1939] 2008), nos abría el camino para legitimar esta posibilidad de una memoria abierta, viva, productiva y transformadora, como tendremos ocasión de ahondar en estas páginas. Se trata

de una memoria que integra a un pasado que sigue vivo en el presente, una memoria fértil que podemos recuperar y revitalizar si sabemos convocarla e interpelarla. Las prácticas y los ritos de la conmemoración hoy recelan de la retórica monumental tradicional, desconfían de esas memorias oficiales que habían sido reforzadas científicamente por el historicismo y llevadas a su paroxismo por los regímenes totalitarios. Se ponen en cuestión las memorias que consideraban al pasado como un todo cerrado y unitario, de modo que la rememoración se convertía en una reproducción ciega, mecánica e insistente de hechos consumados y mensajes predeterminados. La memoria institucional única o incólume se disgrega. Nuestro actual régimen de memoria, por el contrario, convoca a memorias fragmentadas e inconclusas, del mismo modo que se rechazan las formas contundentes y pretendidamente eternas del monumento tradicional. El descrédito de los grandes relatos ha hecho centrar la atención en micro-relatos, en testimonios personales, en recuerdos particulares, en memorias afectivas o reclamaciones de identidad exigidas por grupos sociales minoritarios. Se difunde universalmente la sensación que hoy nos domina de una precariedad y contingencia tales que ya no admitimos la presencia de una memoria cerrada, sagrada, eterna e impositiva.

#### MEMORIA E HISTORIA, DOS DIMENSIONES DIFERENTES DEL PASADO

En nuestros días estamos acostumbrados a oír hablar de la «memoria histórica». Incluso se han llegado a emitir, como es sabido, leyes que llevan ese título. Pero esta expresión es, en realidad, un oxímoron, en cuanto combina en un mismo enunciado dos conceptos de significados desiguales, incluso en gran medida opuestos. La memoria es diferente, en su naturaleza e intenciones, a la historia. Y esta premisa pensamos que no solo debe resultar afirmada, sino también demostrada. Por eso, del mismo modo que en los párrafos anteriores nos hemos detenido en discernir entre los tres grandes regímenes de memoria que se han sucedido en el mundo occidental, ahora, antes de adentrarnos a revisar los distintos modos y formas del culto a la memoria, creemos necesario tratar de separar conceptualmente estas dos dimensiones del pasado, esto es, la memoria y la historia.

El historiador Krzysztof Pomian estableció con claridad los rasgos distintivos de la memoria cuando afirmaba lo siguiente: «Centrada en los aconteci-

mientos, cualitativa, selectiva, apreciativa, egocéntrica, toda memoria humana es irremediabilmente parcial y no imparcial» (K. Pomian, [1999] 2007: 178). La memoria, en efecto, ofrece testimonios y construye relatos, pero son relatos cuyo fondo y forma se circunscriben en el interior de estos rasgos señalados por Pomian. A diferencia de la historia, la memoria no aspira tanto a escribir la «verdad» del pasado o del presente inmediato, cuanto a ofrecer su propio relato de los acontecimientos. Como nos advierte Paloma Aguilar, «la memoria no recuerda las cosas tal y como fueron, sino que es una reconstrucción del pasado desde el presente que modula, recrea, olvida, interpreta, de diversos modos, el pasado» (P. Aguilar, 2008: 42). Las narraciones generadas por la memoria muchas veces se apoyan en el poder rememorativo de las imágenes y de los objetos y, sobre todo, en el poder rememorativo de los monumentos, pues estos han sido específicamente creados para rendir culto a la memoria y encauzar su transmisión. La visión que las diversas culturas de la memoria nos ofrecen del pasado no es, por tanto, una visión única u objetiva, sino que se configura más bien como un conjunto o sumatoria de perspectivas dialécticas, selectivas, parciales y cambiantes. Los testimonios de la memoria muchas veces están traspasados por un velo emocional o por la subjetividad de las conciencias rememorativas que, alternativamente, se vinculan o se desligan de ese pasado. Y también hay que decir que la memoria se somete con mayor docilidad a su manipulación por las ideologías, aunque la historia tampoco ha resultado inmune a estas distorsiones.

Durante muchos siglos, memoria e historia confluyen y se confunden. Ya hemos dicho que la memoria, en el contexto de las sociedades tradicionales, se erigió en el modo privilegiado para el registro y la transmisión de los acontecimientos y la historia articuló la memoria como un relato de carácter fundamentalmente literario y moral. Pero a finales del siglo XVIII la historia comenzó a recelar y a desconfiar de la memoria. Los historiadores pusieron en cuestión las fuentes narrativas basadas en la memoria: se advierte que el relato rememorativo está siempre escrito en primera persona —del singular o del plural— y con el objetivo intencionado de influir en el lector. La fundación de la Historia como disciplina dedicada al estudio científico del pasado en el siglo XIX trató de separar ambos ámbitos y convierte a la memoria en fuente de la historia. Al mismo tiempo, la historia dejó de ser una rama de las bellas letras y abandonó los dominios de la retórica y la elocuencia. La historia se centró a partir de entonces en el estudio crítico del pasado ejercido a través de unas fuentes documentales

sometidas a escrutinio crítico. Se quiso así afirmar la condición de la historia como disciplina científica encajada dentro de las ciencias sociales o las ciencias humanas. Desde las posiciones evocativas de la historiografía romántica se llegó, a partir de las décadas centrales del siglo XIX, al auge de la historia positivista. En esos momentos dominaba en el mundo el optimismo racionalista y la confianza en el futuro, expresados en el espectacular desarrollo alcanzado por las ciencias de la naturaleza. El filósofo francés Augusto Comte, agitado por este impulso, trató de elevar la historia a la categoría de ciencia auténtica. Los historiadores se ven atraídos por el postulado positivista de abandonar las especulaciones para centrarse únicamente en la comprobación y verificación de los hechos. El resultado fue un espectacular incremento de los conocimientos históricos, muy detallados y que eran firmemente establecidos a partir del examen crítico y concienzudo de las pruebas históricas. La reconstrucción del pasado, a la vez que cuestiona los relatos de la memoria, comienza a centrarse en otras fuentes secundarias que ahora son consideradas más fiables. Para llevar a cabo con eficacia esta tarea se apoya en ciencias auxiliares, como la arqueología, la epigrafía, la numismática, la estadística, la demografía, la sociología, la economía, etc. Es decir, se privilegian los datos del pasado que provienen de fuentes extra-memoriales y se empiezan a tomar en consideración otros vestigios o huellas que pasaron inadvertidos para los cronistas o memoria-listas o que habían quedado fuera de las memorias oficiales.

La historia y la memoria establecieron con claridad sus diferencias. La historia trata de separarse emocionalmente del pasado y de analizarlo con distanciamiento y desde una visión crítica y científica. La memoria, por el contrario, fusiona el pasado con el presente y lo evoca desde posiciones subjetivas y emotivas. Pero no nos engañemos: a pesar de sus diferencias y del prestigio alcanzado por la historia, ambas dimensiones resultaron firmemente estructuradas y entrelazadas en la gran síntesis establecida en torno a la monumentalidad moderna y se desarrollaron dentro de las coordenadas aportadas por las construcciones ideológicas del nacionalismo, el Estado-nación o, en su caso, la historiografía marxista. Incluso, como también tendremos ocasión de comprobar en estas páginas, historia y memoria volvieron a fusionarse dentro de determinados regímenes políticos como las dictaduras o los totalitarismos.

De todo este proceso resultó una cascada de situaciones en cierto modo paradójicas. Decíamos antes que la historia y la memoria se dissociaban en

sus visiones contrapuestas del pasado, pero en realidad vemos cómo ambas colaboran activamente como contrapuntos armonizados y necesarios en la redacción de este gran relato del Estado-nación hasta llegar de nuevo a su fusión en la atmósfera exaltada de los totalitarismos. También mencionamos cómo la historiografía positivista gozó de gran prestigio en cuanto intentó huir de los conceptos abstractos para, por el contrario, centrarse en el análisis de los hechos concretos, pero la labor histórica pronto intentó otorgar un sentido al pasado a través del enunciado de causas o leyes generales para explicar el curso histórico y ahí se cifrarán de nuevo muchos de los contenidos ideológicos de la historia (la historiografía marxista es buena prueba de ello). De este modo, podemos concluir afirmando que la historia pretendió separarse tajantemente de la memoria, si bien en cierto modo y bajo determinadas circunstancias ideológicas acabó convertida de nuevo en «memoria oficial», pero ahora sancionada por el aparato científico y riguroso de la flamante disciplina universitaria. Esta simbiosis todavía forma parte de la armadura ideológica de los Estados nacionales y de otras construcciones políticas.

Este ensayo basculará entre la memoria y la historia, pero, como reza su título, se centrará en indagar acerca del culto a la memoria, en asistir a su plasmación monumental y contramonumental, en reflexionar acerca de su capacidad para configurar la identidad colectiva de una nación, un pueblo o una comunidad. Pero estudiar el culto a la memoria no supone solo indagar en cómo cada cultura, cada civilización o cada comunidad ha levantado sus monumentos o sus lugares de memoria. También implica la necesidad de constatar cómo los ha conservado y revitalizado a través de las prácticas rememorativas. O bien cómo los ha sumido en la indiferencia o el olvido o incluso cómo los ha llegado a derribar con furia iconoclasta cuando ha considerado que la memoria representada por el monumento es una memoria indigna para convivir con un presente que se trata de transformar y sustituir violentamente por otra memoria. Por todo ello podemos concluir con la afirmación de que la memoria es un relato selectivo e intencionado del pasado y, por tanto, subjetivo, parcial e interesado. La memoria habla en primera persona, habla del *yo* o del *nosotros*: la memoria es un testimonio, una voz individual o coral, es una interpretación fragmentaria del pasado. Por eso la memoria construye y destruye monumentos, identifica y selecciona lugares y objetos a los que dota de poder rememorativo, articula identidades nuevas o borra identidades repudiadas a partir de sus

interpretaciones del pasado. La memoria, con toda su carga o sobrecarga de subjetividad y emotividad, no puede aspirar a revestirse de la maquinaria argumentativa de la Historia que, como disciplina humanística, ha de confrontar y someter a escrutinio documentos, fuentes y testimonios.

## EL CULTO A LA MEMORIA EN LAS SOCIEDADES DEMOCRÁTICAS

Una conclusión a la que podemos llegar en estos planteamientos introductorios que venimos desarrollando y que concluimos con este epígrafe es que la memoria, a pesar de los radicales cambios experimentados en sus formas y contenidos, sigue desempeñando un papel fundamental en nuestros tiempos. No cabe duda de que la memoria es el soporte de la identidad, pues sin memoria, las sociedades ya no se reconocen a sí mismas. Sin memoria se pierde la identidad y dejan de existir como tales sociedades, comunidades o grupos humanos articulados y cohesionados y dotados de sentido. La dimensión pública de la conmemoración, de la memoria, hay que decir que alcanza una renovada presencia en nuestros días. La pérdida de fe en el futuro ha dejado paso a la exaltación del presente, pero también a la recuperación del pasado. Este auge de la memoria se expresa en la necesidad que ahora detectamos por interrogarnos acerca de nuestras identidades, en la búsqueda de sentido y explicación del presente a través del conocimiento de nuestro pasado. Pero hay que advertir que en esta recuperación del pasado se desliza también una cierta obsesión memorialista, como advierte Huyssen, manifestada en las oleadas de nostalgia que nos invaden con la recuperación de antiguas modas «retro». O, incluso, más allá, la memoria, vacía de contenidos o desvirtuada, también puede llegar a convertirse en una mercancía sujeta al reciclaje de la voraz industria del consumo.

En los capítulos que estructuran este libro nos interesará tocar estas cuestiones, pero también y sobre todo revisar las formas establecidas y desarrolladas para modelar el culto a la memoria. Para ello, y sin la pretensión de ser exhaustivos, habremos de citar numerosos ejemplos que recorrerán algunos de los capítulos más conocidos de la historia del arte, pues la plasmación de la memoria se ha confiado muchas veces a los artistas, algunos sometidos a las estructuras del poder, mientras que otros tantos han realizado su producción bajo posiciones éticas, cívicas o políticas libres e inde-

pendientes. Por eso alternaremos la constatación de la expresión estética de la memoria con la indagación acerca de sus fundamentos éticos, pues las formas de la rememoración son, en realidad, la resolución estética de una cuestión en principio ética. Y, a partir de aquí, muchas veces la memoria se adentra en un debate político, en cuanto el culto a la memoria implica a los poderes públicos y a los ciudadanos.

Pero de la lectura de las líneas anteriores deducimos asimismo otra aseveración que pensamos nos preparará igualmente para adentrarnos en la lectura de las páginas siguientes. También creemos haber llegado al consenso de que la memoria no es en modo alguno una esencia permanente, fija o estable, sino que, por el contrario, es una realidad viva, cambiante y fugitiva. Ante esta naturaleza de la memoria, puede asaltarnos la duda —o incluso el temor— sobre la posibilidad de legislar sobre la memoria, como hemos dicho se ha hecho en algunas ocasiones. Es cierto que los poderes públicos, en las actuales sociedades democráticas, tienen la responsabilidad de facilitar a los ciudadanos que la reflexión sobre la memoria se desarrolle en un clima de tolerancia y libertad que posibilite el desarrollo de un debate abierto sobre el pasado en el que intervendrán tanto las razones de la historia como las palpitaciones de la memoria. Las políticas en torno a la memoria habrán de respetar la pluralidad interpretativa y evitar la tentación del adoctrinamiento o del dirigismo con una intervención abusiva por parte de las autoridades. Por eso resulta más cuestionable que los poderes públicos se arroguen la potestad de legislar para tratar de imponer versiones oficiales o para caer en el adoctrinamiento sobre un tema como la memoria tan voluble y cambiante, tan sensible y delicado, tan parcial y subjetivo.

Los debates sobre la memoria han de permanecer permanentemente abiertos. Los poderes públicos habrán de limitarse a velar para que estos debates se desarrollen en el marco del respeto y el reconocimiento de los derechos humanos y bajo la premisa de fomentar el desarrollo entre la ciudadanía de una cultura de la memoria asentada sobre los principios de paz, justicia y reconciliación. Pero han de ser las comunidades, como conjuntos de individuos agrupados en una nación, una región o un pueblo, las que habrán de decidir qué memorias construyen, desmontan, articulan o expresan. Y lo harán desde el presente. Porque, como venimos diciendo, la memoria es la forma en que se lee, interpreta, crea o recrea el pasado desde cada tiempo presente. Los mensajes del pasado son reconocidos y descodificados desde el presente, desde los distintos y sucesivos *presentes* que se

sucedan, yuxtaponen o superponen en el continuo avance de la progresión lineal del tiempo. El mantenimiento de la memoria, su renovación o reactivación, dependerá de cada uno de nosotros como miembros activos de una sociedad. Además de activar o revitalizar el pasado, la sociedad también asume la responsabilidad de narrar versiones de los acontecimientos vividos en el presente que, al estructurarse como relatos, ya se compilan como pasado y se pretenden transmitir al futuro.

Pero no debe olvidarse que tan necesario como recordar es olvidar. Una sociedad es equilibrada y pujante cuando logra hacer del olvido el contrapunto adecuado de la memoria. La memoria y el olvido deben articularse como dos voces contrapuestas, pero en concordancia armoniosa. De la compensación entre la memoria y el olvido surgirá nuestra conciencia rememorativa. Y no cabe duda de que esta, en sus rasgos generales, es sustancialmente diferente de aquella otra expresada en épocas pasadas y que evocamos en las primeras líneas de estas páginas introductorias. Hoy repudiamos la memoria heroica. Ya no celebramos las victorias laureadas y rechazamos los fastos de la gloria. Hoy, por el contrario, nos ponemos del lado de las víctimas y reflexionamos acerca de la violencia, el sufrimiento y el trauma: guerras, atentados terroristas, terrorismo de Estado, migraciones y éxodos, conflictos étnicos y de fronteras, masacres, crímenes y vulneraciones de los derechos humanos se han convertido en el actual campo de la rememoración. La implicación con las víctimas, con los marginados o los excluidos busca la participación activa de los ciudadanos en su reconocimiento y su comprensión. Una ciudadanía que habrá de ser cada vez más consciente de su responsabilidad en la tarea de activar los procesos de recordación para comprender el mundo y para comprendernos mejor a nosotros mismos como ciudadanos activos, reflexivos y participativos en una comunidad.